

DRAMATURGIA Y VIOLENCIA

Por Carlos Araque

Actor, director, investigador y docente. Maestro en Artes Escénicas de la Escuela Nacional de Arte Dramático. Docente del proyecto curricular de Artes Escénicas de la Universidad Distrital Francisco José de Caldas.

caraqueoso@yahoo.com

UNA TRAGEDIA SIN TRIUNFO NI DERROTA
(A propósito de dramaturgia y violencia)

*... carro bomba deja 85 muertos
En Irak, /
Descuartizados padre, madre y su
pequeño hijo /
en San José de Apartadó,
y ahora vamos a los goles...*

John Galán Casanova

Aplicando la crítica que Estanislao Zuleta hace al Existe una tragedia nefasta en el mundo y es la que da origen al dolor, decaimiento, sufrimiento, desgracia social, teatro, y es el conflicto armado. La

guerra devasta las ciudades, acaba con las familias, aleja de sus casas a las gentes, seduce, corrompe, obliga a ser crueles y a cometer toda clase de impiedades. La guerra engendra el sentido de lo trágico donde el horror se asocia con el temor, la impiedad y el pánico.

El drama en la vida como en el teatro, no deja de ser enfrentamientos entre lo humano y lo divino, la maldad y la bondad, la justicia y el desequilibrio, la miseria y la opulencia, pero esencialmente conflictos entre humanos.

En las zonas rurales la muerte asecha, en la ciudad la muerte asecha, no podemos evitar el reclamo de Antígona: "¿Dios, tu no duermes jamás?", eternamente rencoroso habitas en el cielo, mientras nos conduces hacia la perdición y como en el teatro



Foto Carlos Mario Lema. La vorágine FAASAB UD

ancestral, tus decisiones son incomprensibles, somos juguetes en tus manos y de tus caprichos devastadores, por ello caemos en constantes disputas por el poder, el honor, la dignidad.

Las violencias en nuestro país cabalgan sobre las costillas de otras violencias. Todo el tiempo sentimos que algo terrible va a pasar, no hacemos mucho pero el terror aumenta ante la indiferencia hasta el punto de que cuando sucede la hecatombe, se piensa que debió pasar; entonces se libera el temor y el odio aflora. La peor desgracia es que al poco tiempo se cae en el olvido.

La gente huye de sus hogares para no ahogarse en sangre. Es poco lo que tienen y con nada parten. Es mejor huírle al fuego, estruendo de cañones y al silbido de las metrallas. Diversas comunidades

y familias no pueden dejar de ser nómadas en su propia tierra. Como en el drama antiguo solo huyendo se puede conservar la vida.

En la calle, en los periódicos, en los informativos y en los templos se vende la idea de lo bueno, lo piadoso. Dios y piedad son dos caras de la misma moneda. Quien busca a Dios para convertirse en héroe del bien, engendra la guerra, pues persigue y aniquila lo que entiende por maldad, por oposición. Se cree en un Todopoderoso, llámese creador, dinero, orgullo, venganza, por el que se implanta justicia y se impone un modelo espiritual e ideal de comportamiento.

Aunque casi siempre no participamos del enfrentamiento, no podemos arrancarnos de la cabeza la idea de la culpabilidad. Y sí, somos

culpables pues sacrificamos nuestros hijos, hermanos, familiares, amigos y conocidos en batallas grotescas. Todavía cargamos el hedor de sus cadáveres y repetimos nuestros lamentos junto a sus cuerpos muertos, nos encontramos cerca de ellos y como en Antígona muchas veces no se nos permiten ni sus honras fúnebres.

No lo podemos evitar, varios creen que la sangre derramada clama venganza. El honor pisoteado debe ser escarmentado y aunque no siempre la guerra sea necesaria, se le justifica no solo por represalia sino por conveniencia política, económica y social.

Los medios se encargan de explicitarlo... nadie puede librarse de la imagen deprimente donde la muerte es el espectáculo del cuerpo acuchillado, la mujer violada, empalada y asesinada, el joven baleado, el padre mutilado, el niño agonizando en sus propias lágrimas. Esto se nos enrostra como verdad inevitable.

Pero también es cierto que no podemos desconocer esta realidad. Es la verdadera tragedia de la guerra, quien tiene el poder actúa como demente, convencido que cumple el designio de una fuerza sobrenatural y por ello no respeta las ideas, sentimientos, creencias, pasión, dolor, ni el placer de los otros.

Cargamos la responsabilidad de que aun sabiendo quién es el culpable, no podamos identificar públicamente al asesino, no desenmascaramos al criminal oculto en el poder. Quizá todos somos responsables por no querer identificar a los artífices de la amargura. Pero de alguna forma intentamos proteger nuestras vidas, ya que si delatamos o

denunciamos es nuestra vida la que corre peligro. Entre nosotros se amontonan muertos y más muertos, muertos que unos provocan, muertos que otros ocultan, no nos cansamos de tantos muertos y como bien lo ratificaba Áyax: No compartimos la vida sino las tumbas. Hemos visto muertes extrañas, terribles, infortunadas, múltiples, inauditas, canallas.

Es de nuevo el nacimiento de la tragedia, del drama brutal. El teatro de la vida hiperrealista que supera todo límite y da la falsa sensación de lo sacro pues se interpreta como un designio divino. Vuelve a nacer el teatro en el centro de la guerra como en la antigüedad. Es como si los dioses al pretender cuestionar la vida humana, sintieran una especie de admiración y acabaran por glorificar a los asesinos convirtiéndolos en héroes sociales, en ídolos culturales que combaten por la justicia, la conciencia, la dignidad, la bondad, la verdad y el amor. El criminal es entonces el piadoso representante de lo social, de lo cultural y se convierte en el modelo ideal a seguir, a elegir.

La victoria clara y gloriosa nunca llegará. Los dioses desconocen las plegarias aterradas de los niños que mueren en los campos y se complacen con la destrucción, con el odio, con el olvido, con los cuerpos de adolescentes mutilados, abandonados en el campo de batalla, con el cuerpo de inocentes que murieron sin saber ni entender las razones de su ejecución.

“Le quitaron valor a la vida y le pusieron precio a la muerte. Querían medir el éxito de su criminal política de seguridad en litros de sangre. Como consecuencia de esta directiva los noticieros de

la radio y la televisión y los titulares de la prensa se llenaron de muertos, casi todos presentados por los militares como “jefes de finanzas” de la guerrilla, “mano derecha del comandante tal”, o simplemente, “terroristas” muertos en combate”. (Samuel Barinas, Fiscal encargada, caso falsos positivos)

Lo paradójico es que de los grandes momentos de dolor surge el arte como una luz de esperanza, así la paz no se vislumbra, por más que se le invoque, por más que se hagan remedos de reconciliación. En una situación como la que vivimos, tiene que necesariamente surgir la tragedia en la escena, la cual está por encima de nuestra condición como comunidad, como cultura, como sociedad. Debemos vivir en la escena la tragedia para recompensar la dura realidad. Es apenas comprensible que una persona que pierde su hogar, seres queridos, raíces, familias, deba realizar un duelo donde pueda gritar, denunciar, llorar, retorcerse, aplacar la ira y hacer catarsis. El arte dramático está en su alma, su piel, su mesa, sus recuerdos, su porvenir, ¿por qué no exorcizarlo en los escenarios para tranquilizar el espíritu? En un país donde pocos defienden lo que creen y quien lo defiende tiende a desaparecer, el teatro puede llegar a ser la parte más decorosa de sí mismo, la iniciativa de vida más iluminadora.

Quizás una opción del teatro sea hacer de cada acto violento un hecho artístico. Está en nosotros si podemos erigir una conciencia social y cultural, y conjeturar el dolor por medio de la alucinación que produce el arte escénico, por medio de la ficción que forma parte de una realidad estética, por medio de la creación como forma vital de subsistencia.



Foto Carlos Mario Lema. Cantares desde la caverna FAASAB UD

Y por ello una acción comprensible y necesaria es hacer teatro en las calles, avenidas, parques, salones comunales, colegios, iglesias, bibliotecas, mercados, hogares; es decir en todos aquellos lugares donde sea posible una reflexión sobre la actual situación. No tiene sentido preguntarnos sobre qué género,

estilo, punto de vista, qué forma utilizar; lo importante es reconocer que el teatro se puede convertir en un oráculo donde podemos pedir a los dioses que la tragedia se detenga, aunque en el fondo sepamos que esta es una petición imposible, pues lo humano está relacionado con el ánimo trágico. Desde nuestro nacimiento convivimos con los asesinos y desde que recordamos, quienes han decidido el futuro de nuestra sociedad son quienes utilizan las armas para perpetuarse en el poder.

Suele ser indignante que ciertas representaciones aparentemente artísticas, en su relación con el público sean algo así como una disculpa para camuflar el dolor y ocultar la terrible realidad. No es posible, que los medios masivos de comunicación proclamen un remedio de arte apolítico del crimen, convirtiendo a los criminales en ídolos nacionales, desvirtuando la situación y convirtiendo en comercio el sufrimiento ajeno, o que los noticieros se sacion emitendo y emitendo hasta el cansancio la imagen de la devastación.

Nuestra relación con el público está ávida de poesía, ansiosa de metáforas, de signos lúdicos, de iconos desconcertantes que inviten a la imaginación y a la creación a formar parte de nuestro entorno y es por ello que podemos llamar al teatro bello, alucinante, revelador, porque aunque parezca no tener utilidad aparente nos da placer, esperanza y sosiego en los momentos de crudeza. Nuestra opción de vida es hacer de la guerra tragedia, del padecimiento comedia, de la catástrofe puesta en escena. Si de esta situación no surgen los personajes adversos, hilarantes, controvertidos que requiere nuestro oficio, estaremos condenados a vivir en el ostracismo y la sociedad difícilmente nos reconocerá

como necesarios, como vitales o como parte de esta cultura palpitante.

Nada perdemos porque poco tenemos. Cuando la desventura se vive en carne propia y no se puede evitar, ni se quiere huir, no sirve quedarse estáticos e inmóviles. ¿Qué hacer? Quizás pararnos al borde del abismo y crear tragedias de nuestra desventura, dramas de nuestro dolor e incluso comedias de nuestras desgracias, no porque la risa sea un remedio infalible, sino porque el teatro, al menos para nosotros, es la opción más encantadora para sanar las heridas.

“La violencia es un recurso dramático que sirve para recrear angustias, estados anímicos, frustraciones y represiones que el ser humano experimenta en su vida; asimismo, es una forma de liberación de sus conflictos internos” (Nubia Bravo Realpe; La violencia en la Dramaturgia de Enrique Buenaventura)